

un hombre prodigio. Creí más en la existencia de Leonardo Da Vinci oyendo y conociendo a Diego Rivera. ¿Y de política? Como si hubiera vivido la política íntima de Inglaterra, de España, de Grecia, de Rusia, de los Estados Unidos o de Venezuela. ¿Sabía de las islas pequeñas? Al tanto y al dedo tenía a Puerto Rico.

Repito y repetiré— Diego Rivera era un coloso. Para mí que nació antes de nacer y trajo conocimientos que al término de la vida de un hombre no se pueden adquirir. Por ósmosis le llegó a su cerebro ese conocimiento universal que asombraba. Y tenía la sonrisa de un muchacho malcriado, pero no era malcriado. Si era mexicano no podía ser malcriado. No se puede ser mexicano si no se tiene buenos modales, si no se llega tarde a las citas, si no se es cristiano y si no se ama con pasión.

La bomba atómica, el sputnik de 1933 estallaron en el Rockefeller Center cuando Rockefeller joven descubrió en el mural de Diego Rivera la cara de Lenin y las manos de los obreros de todas las razas y creencias brindando en voz callada sobre el globo terráqueo por la unión de los obreros con la bendición de Lenin.

Los de mi generación recordarán que el mundo se estremeció en 1933. Fue el Radio City de Nueva York el epicentro del fenómeno sísmico político y artístico. ¡Lenín en la casa de Rockefeller, en sus terrenos!

Para los de la presente generación, esta es una epiqueya moderada de la situación pero si hoy traemos el retrato de Khrushchev y lo colocamos en Times Square en la ciudad de Nueva York tendríamos la misma explosión de emociones mixtas.

Las opiniones se dividieron— unos respetar la obra maestra de eternidades. (Como se respeta a «La Divina Comedia» con curas y obispos en el infierno). Otros destruir la obra. La obra no se destruyó. Se «borró» de las paredes de la casa de Rockefeller y Rockefeller pagó y él podía hacer lo que él quería con la obra.

La obra pintada y reproducida a colores en libros y cartones se exhibió por todos los museos de Europa, de las Américas. Hoy está enterita en Bellas Artes en ciudad de México.

¡Qué publicidad! Y Diego amaba la publicidad y fue su publicidad siempre con mechas de bombas atómicas.

En París dijo a los franceses que él se alimentaba de carne humana en México. Le tomaron por carnívoro co-

mo a los indios que él pintó en un mural. Ahí pintó a su segunda esposa Frieda Kahlo comprando una pierna humana en un mercado.

Asombró a la Academia de la Historia Mexicana diciendo que el mejor pintor que tuvo México fue don Benito Juárez. El chiste es histórico. Todos queremos saber la sapiencia del padre de la patria, sus dotes, así como los trauceses siguen descubriendo conocimientos de Napoleón o los estadounidenses de Lincoln o de Jefferson.

Por meses Diego no quiso decir detalladamente cómo supo que don Benito era pintor. ¿Dónde sus pinturas?

—Cualquiera persona que concurre a las asambleas de políticos y oye sandeces y para no interrumpir a los zonzos oradores, con su lápiz hace muñequitos, dibujos de sus camaradas. Juárez los hizo».

¡Que divino embustero! ¡Qué fina ironía!

Diego usó los miles de dólares que recibió por su mural «borrado» en donde están las pinturas de José María Sert, para los «rojos» de la calle catorce. Allí se le dió un banquete, en la calle catorce.

Fue el domingo día 15 de octubre de 1933. Aquí frente a mí el otro retrato con Diego Rivera tomado por el buen amigo don Venancio Pérez de «La Prensa» y que él publicó el 17 de octubre. A la izquierda de Diego estoy sentado. A su derecha Carlos Dávila y su esposa. Dávila fue presidente de Chile y embajador de Chile en Washington. Fue el Secretario General de la Unión Pan Americana después de Lleras Camargo. También a su derecha estaban Frieda Kahlo y la señora de Carlos Dávila. Ambas grandes artistas.

Durante la cena hablamos del comunismo ruso y del comunismo cristiano. Mientras yo exponía mis teorías cristianas, él exponía las suyas y en su servilleta hizo una silueta mía. Entre muchos de sus regalos guardo este con orgullo y cariño y una figura de piedra que entre las muchas que descubrió en sus andanzas de erudito arqueólogo me regaló. Dizque es de una madre azteca con su hijo.

Mi comunismo fue y es muy cristiano. El suyo con grandes conocimientos y convicciones venía de Karl Marx y aplicado a un pueblo que por siglos sufrió el látigo de tzares y hoy en 1957 el látigo del «pultiburó». Para Rusia está bien ese sistema y que se coman su pan con su miel o se beban su vodka con su caviar.

¿Sufre el pueblo ruso? Eso lo sabemos aquéllos que tenemos amigos rusos por Francia y Alemania y por aquí Ahí los Tolstoy. Aquellos que se han podido escapar del terror como lo hicieron muchos alemanes en tiempo de Hitler. (Los Thomas Mann, Eistein, Remarque). Como lo están haciendo los Borsody huyendo del húngaro Kadar; los Janta huyendo del polaco Gomułka. Son muchos los alemanes que huyen de Ulricht.

Quería aplicar su comunismo ruso, de Lenin y de Trostky a los Estados Unidos, a México, a Inglaterra. «Imposible» le contestaba. No funciona ni en Inglaterra ni en los Estados Unidos esa filosofía.

«Los obreros son iguales en todas partes», me decía. «Ésas manos, las del negro, las del chino, las del ruso, son manos callosas y hermanas».

«Son manos hermanadas por la lucha noble de trabajar por el pan de cada día y en concordancia y en paz con el capital. Uno no puede vivir sin el otro y ambos pueden vivir y deben vivir decentemente, armoniosamente», le respondía.

«Revolución, protesta, destrucción del sistema imperialista capitalista».

«¿Y qué queda?»

«Una Rusia grande para todo el mundo».

Continuaba la discusión y lo que para mí era claro como estudiante de economía política para él era traición al sistema comunista netamente ruso.

No podía convencerme y jamás me convenció. Yo nunca traté de convencerle. Hubiera sido estúpido. Le respetaba y comprendía históricamente cuando me decía apasionadamente que si Rusia tuvo sus tzares, México tuvo a los conquistadores y a los Porfirio Díaz. El hombre había nacido herido. Más me hablaba del año 1846, del General Zachary Taylor y del General Winfield Scott. Me hablaba de los Niños de Chapultepec. Me hablaba de Texas, de California.

Repito, el hombre nació herido, angustiado, crucificado y no parece querer olvidar. Su masoquismo que le hacía más español que azteca, le llevó a extremidades. Negaba lo que más había en él; la levadura de buen español y la tristeza de buen cristiano. Negaba el catolicismo, el cristianismo, el españolismo y él era todo eso. Rebelde como un muchacho.

Era comprensivo, generoso, caritativo, manirroto, tierno, dinámico como llama de fuego, de ese fuego bueno y útil.